
Deseo de futuro: viajar como ventana al mundo

Alejandro Araujo Pardo

A treinta y tres caras que abren futuro y
a la Luna que, vista desde la Tierra,
permite mirar a los ojos de otro modo.

I

En los tiempos actuales el diagnóstico sobre el futuro es rotundo: nadie quiere ver su cara. No esperamos algo bueno de él, no nos arriesgamos. Si lo pensamos lo hacemos para definir sus riesgos, para detener su llegada, para calcular con mucho cuidado lo que debemos hacer para que no nos aplaste. *Cuando el futuro nos alcance* es, quizá, el título que organiza nuestras vidas al menos desde las tres últimas décadas, en décadas de fin de siglo, de fin de milenio, de inicio de siglo, de inicio de milenio.

Las descripciones apocalípticas se dicen de muchos modos: escepticismo, desencanto, calentamiento global, globalización, pesimismo, modernidad líquida con sus miedos, amores, industrias, tecnologías también líquidas, fin de todo: de la historia, del arte, de la idea de futuro, de las ideologías; fin, incluso, de la idea de finalidad. Cada quien pone el acento en donde más temores encuentra; pero, sin duda, resulta generalizado el sentimiento de pesimismo, por no decir de pánico.

Las medidas son múltiples: unos piensan, como decía, los modos de atemperar sus efectos y desarrollan teorías que hacen de las palabras “cálculo” y “riesgo” (no de arriesgarse sino de prevenirse) las nociones preferidas. Otros guardan la memoria de todo lo que consideran memorable como

para esperar con menor temor los impactos de un tiempo que todo lo volatiliza, lo difumina, lo desgasta; bajo ese impulso memorizador y museificador hacen de la nostalgia mercancía, incluso, de la mercancía nostalgia, es decir, se mueven entre la posibilidad de capitalizar el temor al futuro ofreciendo productos que nos acerquen de forma rápida y fácil a otros tiempos: recorridos, rescates, restauraciones y revitalizaciones de centros, barrios y ciudades históricas, libros múltiples de memorias barriales, genealogías y sagas familiares, novelas históricas, videos, películas, documentales que recuperan formas sociales en donde la intimidad era el gesto y que hoy no persisten por la velocidad de un mundo social que destruye los vínculos, todos los vínculos; turismos culturales que en recorridos presurosos recuperan periodos, momentos de la historia, formas de comer, formas de vivir, sin ser afectados por los mundos que aparecen en cada uno de los detalles. Toda una cultura de la memoria¹ que es la nuestra y que exige ser pensada en función del desvanecimiento de la idea de futuro. Pero también, decíamos, la mercancía se hace nostalgia cuando ni siquiera en estos y otros productos comprometemos nuestros deseos al grado tal de perdernos en el objeto adquirido, los productos comprados ahora son desechados pronto, no sirven para conservarse uno mismo en ellos; todavía el fetichismo de la mercancía tenía, quizá, cierta dosis de pasión.

Unos cuantos más intentan producir actividades que hacen del encuentro el motivo principal: ferias, festivales, fiestas, espectáculos al aire libre, arte urbano, en fin, un número infinito de eventos que hacen del espacio público el espacio por excelencia, imaginando que con el simple hecho de usar las calles la sociabilidad se activa, las miradas se encuentran, los ritos se instituyen y el sentido resurge. El sentido, dicen, se ha perdido y recuperarlo, se ha vuelto tarea de eso que llaman industrias culturales y actividades de gestión y animación cultural.

Es imposible, desde luego, evaluar los efectos e impactos de todas estas manifestaciones. No hay forma de saber, hoy en día, si el simple hecho de masificar la oferta produce banalización o democratización de la cultura y del arte. Al parecer todo depende de la recepción, de las formas y maneras

¹ Ver Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de la globalización*. México: FCE, 2002.

en que cada quién recibe y usa estas prácticas y objetos e, incluso, de las intenciones, necesidades y propósitos de poner en escena una diversidad alternativa de formas simbólicas que permitan poner a la vista, reproducir o modificar la diversidad de grupos sociales, sus memorias, sus formas y maneras de establecer nexos y vínculos al interior de los grupos y entre ellos.

II

Viajar se ha convertido, para un imaginario que ya no tiene sede geográfica concreta de referencia, en la práctica del desplazamiento por excelencia. El viajero tiene sobre sí –por los otros y por él mismo– la exigencia de mover sus esquemas de percepción al paso que mueve su cuerpo, como si desplazarse en el espacio fuera una forma de poner entre paréntesis el modo en que organiza su mirada sobre el mundo. El viaje, por ello, se ha convertido en sinónimo de experiencia. Asunto que tiene dos implicaciones, al menos. La primera pone el énfasis en que desplazarse es ganar mundos, acumular experiencias, conocer formas, objetos, prácticas que tienen sobre sí tanto la marca de lo exótico como la de lo universal: viajar como una forma de dejar el terruño para ampliar nuestros horizontes. La segunda pone el énfasis en la experiencia como forma de relativizar nuestros modos de percepción, de ver diferencias como diferencias, de localizar las miradas vinculadas a tiempos y lugares concretos: viajar como una forma de alterar la mirada. Ambas se relacionan, complementan y, en ocasiones, se oponen; pero ambas también invitan a pensar en viajar como un modo de abrirse al mundo al moverse en el mundo. El viaje por ello puede pensarse como *ventana al mundo*.

Este modo de pensar y realizar el acto de viajar tiene, como todo, coordenadas históricas, es decir, ni en todas las culturas ni en todas las épocas el hecho de viajar puede pensarse como una forma de poner entre paréntesis lo sabido para ganar nuevas experiencias. Es probable, por ejemplo, que los cronistas de los siglos XVI y XVII no pensarán sus relatos y descripciones del “nuevo mundo” como una forma de confrontar sus esquemas de percepción, sino de confirmarlos. El “otro” no era el objeto de su registro. En este sentido, pensar en la historicidad del acto de viajar y de relatar los viajes nos puede servir para prevenir una lectura ahistórica de muchos relatos de viaje

y para insertar las prácticas sociales dentro del mundo social en el que fueron realizadas.² Pero este no es asunto que me interese tratar aquí, no plenamente. Me interesa, más bien, presentar algunas reflexiones originadas por el acto de viajar que permitan atender dos asuntos que espero que se puedan leer como uno solo. Para explicar mejor la intención del texto me gustaría diseccionar el origen del mismo.

La idea de escribir estas notas surgió de un viaje a Grecia. Atenas, la ciudad clásica para pensar las ruinas, *la ventana al mundo* de las ruinas para un número de *Istor* dedicado de alguna manera a ellas. Y es que sin duda alguna el hecho de viajar a Atenas instaló de manera rápida el imaginario clásico, moderno habría que decir, de lo que implica viajar. Mirar Atenas con “mis propios ojos” podía ser forma de autorizar una descripción de sus ruinas, del sentido de las mismas, de lo que le hacen, incluso, a la ciudad de hoy, del lugar que ocupan en el mundo de los atenienses y de los turistas que las van a visitar. Mi experiencia ateniense no fue, para nada, algo similar a lo que me hubiera gustado para escribir dicho relato. No tuve tiempo de pensar en lo que las ruinas son hoy en el mundo ateniense, ni para investigar con detalle algo pertinente vinculado con la historia de su puesta en escena, de sus excavaciones arqueológicas, de lo que de ellas puede decir alguien que las visitó. Además, cuando llegué a la ciudad tuve una extraña sensación: no quería subir a verlas, no me interesaba, quizá porque todo aquel con el que hablé, tanto allá como acá, me instalaron la exigencia de subir, de verlas de cerca, de cumplir con el ritual. Aún no tengo claras las razones, pero finalmente subí a verlas. La “experiencia” en ellas poco tuvo que ver con algo narrable en *una ventana al mundo* y por lo mismo decidí, casi desde el momento en el que el aire me “pegó” allá arriba, que no tenía ningún sentido escribir texto alguno.

Meses después me fui de viaje a Puebla, Tlaxcala y Cholula. A un “viaje de estudios” de la escuela de mi hijo, acompañando a los niños de su grupo (cuarto año de primaria), con la maestra del mismo y con otros tres “padres de familia”. De nuevo la noción de viaje apareció. Viajar para

² Ver Alfonso Mendiola Mejía, *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*. México: UIA, 2003. Sobre todo el capítulo II, en donde se sugiere cómo debe pensarse la noción de experiencia en una sociedad con primacía retórica.

estudiar. Viajar para conocer. En la escuela Manuel Bartolomé Cosío viajar es parte de un modelo educativo: la “experiencia significativa” como base del conocimiento. Planear y realizar el viaje puso en escena, nuevamente, lo que implica hoy en día viajar, más aún, lo que queríamos transmitir a los niños que sucede en un viaje. El tema me atrapó de tal forma que regresaron las ganas de escribir una *ventana al mundo* que relatará esa experiencia.

Finalmente, unos meses más tarde, viajé a Nueva York, ciudad que pensé que conocía pero que, desde que llegué de nuevo a ella, me instaló la sensación (que a todo el que regresa a ella debe producirle) de no saber si la conocía de siempre o si nunca la llegaría a conocer. Este último viaje me permitió, por paradójico que parezca, recuperar Atenas para pensarla como *ventana al mundo*, pero acompañada de los viajes a Puebla, Tlaxcala, Cholula y Nueva York. Del viaje a Atenas al día de hoy ha pasado casi un año. Un ciclo que permite objetivar el tiempo y que consigue, casi, naturalizarlo. Un año en donde la visita a tres espacios permitió introducir, cada uno a su manera, otros tiempos. Atenas: la mítica ciudad de los mitos y las ruinas, la antigüedad puesta a la mano. Puebla y Tlaxcala: el mito de la ciudad colonial en pleno siglo XXI. Cholula: un mito más, la posibilidad de ver la violencia hecha palimpsesto, el aparecer del tiempo como poder en el espacio, de la cultura como forma de articular espacios que no se dejan transformar fácilmente con las conquistas. Nueva York: la ciudad que consigue mantener vivo y matar al mismo tiempo el mito de la ciudad moderna, la ciudad que se rehace y se recicla, que suspende el tiempo al pensar en el futuro, que no se transforma al transformarse todos los días; ciudad, en fin, que no sabe qué hacer con un hueco, con una Zona Cero que parece decirnos que el siglo XXI aún no sabe qué hacer con el tiempo y con la historia.

Un relato de viaje articulado a través de tres visitas. Como todo relato de viaje, este pretende hacer del tiempo y el espacio su tema de reflexión. ¿Es posible pensar aún el acto de viajar como una forma de desplazar horizontes de sentido, de instaurar novedad y experiencia? ¿Las transformaciones en la forma de percibir tiempo y espacio han modificado el ejercicio de viajar? ¿En un mundo sincrónico y desterritorializado las ciudades y los pueblos se han vuelto eso que Marc Augé denominó *no lugares*? ¿Hay en la experiencia del viaje una forma de producir deseo de futuro?

III

Si el viaje es desplazamiento y puesta en paréntesis es, desde luego, porque el tiempo del viaje es un tiempo ajeno al de la vida cotidiana. Todo viaje supone una entrada a un ritmo que hace que uno sienta que lo vivido durante la travesía será infinitamente mayor (en cantidad y en calidad) que lo que podría uno vivir si se hubiera quedado en su sitio. Por eso el que viaja regresa a contarle cosas a aquellos que no vivieron nada. Por eso escribe en un diario o en cartas las novedades necesarias para sentir y hacer sentir que están ocurriendo cosas. La obsesión de la acumulación de experiencias de viaje se traduce en compra de *souvenirs*, en un tiraje enorme de fotografías, en colecciones de objetos que permitan guardar signos de lo vivido: piedras, boletos de metro, entradas al teatro, botellas vacías, arena, dibujos, palabras. En los tiempos en los que las distancias entre destino y lugar de partida no podía ser superada fácilmente por las tecnologías de la comunicación, las noticias las ofrecía el viajero y las daba al llegar la mayor parte de las veces. Hoy no sucede. A menos que el viajero quiera perderse en el viaje, es posible, frecuente, incluso deseable, permanecer al mismo tiempo cerca de aquellos a quienes ha dejado y de aquello que está viviendo.

El teléfono, el e-mail, los chats, el Skype, como sabemos, permiten vivir en simultáneo, tener un solo tiempo del mundo. Si eso ocurre entre aquellos que viven en espacios distintos, al viajero le introducen variantes particulares de lo que es viajar. La experiencia acumulada y narrada puede ser contada casi mientras la está viviendo. Si uno quiere se puede aislar del mundo, desde luego, pero de la misma forma que lo haría encerrándose en su casa. Es evidente que el contacto, la presencia, la relación directa se vuelve imposible con los que viven en la zona de la que uno partió y se vuelve posible en la ciudad que uno está visitando: esta evidencia nos sigue permitiendo pensar en el viaje como un movimiento de los cuerpos. En Atenas, por ejemplo, antes de subir a las ruinas, viajar solo a un congreso me permitió recorrer la ciudad sin nadie a quién contar por vía directa lo vivido. Probar la comida, tomar, caminar solo, escuchar un lenguaje incomprendible al grado de aislarme de los significados para concentrarme en los sonidos, mirar los emblemas que la hacían reconocible me permitía sentir que estaba de viaje y que me encontraba en Atenas, quizá el simple hecho

de salir del tiempo de trabajo para entrar en un otro ritmo ya generaba esa sensación. Sin embargo, la comunicación con México fue tan frecuente que, de pronto, uno podía sentir que estaba simplemente a unos kilómetros de los demás, que lo que ocurría no me alejaba del mundo ni me insertaba del todo en otro sitio. La disposición de los cafés, la manera de ser atendido, el tipo de movimientos de una ciudad que es casi como cualquiera porque tiene sus mismas dinámicas producía también un poco eso. Las ciudades se parecen, pensaba. No hay novedad. Los adornos sirven para fingir diferencias, sobre todo en las zonas más turísticas en donde la singularidad es mercancía. Pero estaba, en lo alto, el Partenón, pensaba también y creía que eso era el gesto más claro y contundente de la construcción de la singularidad. Me preguntaban por correo si ya había subido a las ruinas, el mundo de México me invitaba a conocer una Atenas que de pronto no encontraba por ningún lado y que no quería perder por completo subiendo al Partenón y encontrando ahí mismo, entre las piedras viejas, en el lugar que debía de ser la marca más clara de la referencia, el *no lugar* del que Augé me había prevenido.

Por otro lado es común que lleguemos a los viajes con demasiadas imágenes del sitio que vamos a visitar, que los lugares empiezan en las imágenes que hemos visto de ellos. La sorpresa existe, sin duda. Los tamaños son otros, los olores trastocan, las piernas permiten saber que las calles tienen menos o más dimensión de la imaginada por foto, el frío o el calor, la humedad o resequedad del ambiente se vuelven detalles que quizá son más fáciles de experimentar cuando la mirada no es, o no es del todo, lo que se está poniendo en juego. En Nueva York, como en ninguna otra ciudad, la distancia que separa las imágenes de la ciudad de la ciudad en sí misma es imposible de captar. No hay posibilidad de habitarla sin sus imágenes y no hay posibilidad de recordarla si no es por la acumulación de imágenes que uno ha obtenido de ella. Toda experiencia es producto de una imagen de la que uno quiere formar parte. Quizá por ello la primera sensación al “entrar” a Times Square es que uno está dentro de una película, que uno se ha introducido al mundo de las imágenes y que se trata de un mundo que es, por sí mismo, pura realidad. El poder de la imagen, la realidad de la imagen o, dicho de otra forma, la no distinción entre realidad y ficción es en Nueva York algo que no es mera teoría.

Es posible pensar que exista en el origen de Manhattan algo que marca y define esta situación. Dos anécdotas me interesa rescatar para insistir en ello. La primera se relaciona con que Manhattan pudo ser pensada y proyectada con base en los ejercicios arquitectónicos y empresariales realizados en el parque de atracciones de Coney Island. La tecnología de lo fantástico era la única forma de conseguir que en un territorio de 2028 manzanas, limitado estrictamente por esa dimensión horizontal, se pudiera inaugurar una ciudad infinita que no crece hacia fuera sino hacia adentro y hacia arriba. Tal situación generó que lo irracional, lo imposible, lo inimaginable se volviera real.³

La segunda se relaciona con que para dicha proyección los teóricos del rascacielos tenían sus modelos y, al mismo tiempo, también la necesidad de romper los modelos para hacer algo nunca visto. Uno de ellos, Hugh Ferriss, recibió de cumpleaños una imagen del Partenón cuando era niño y la convirtió en su primer paradigma. Dice Ferriss: “El edificio parecía estar construido con piedra. Sus columnas parecían estar diseñadas para sostener una cubierta. Tenía el aspecto de una especie de templo [...] a su debido tiempo me enteré de que todas esas impresiones eran ciertas. Era un edificio honrado”.⁴ Así, la imagen del Partenón, dice Rem Koolhaas, induce a Ferriss a hacerse arquitecto. “Para él, Nueva York representa una nueva Atenas, la única cuna posible de nuevos partenones”.⁵ Pero no se trataba de hacer, literalmente, nuevos partenones, sino de “hurtar todos los elementos útiles de los partenones del pasado, que luego se vuelven a ensamblar para envolver con ellos unos esqueletos de acero”.⁶

Nueva York lleva dentro de sí la tecnología de lo fantástico de un parque de diversiones y lo sagrado del Partenón. La imagen que proyecta reinserta, sin que nos demos cuenta, dos modos de la ficción: la fantasía del entretenimiento y la solemnidad del mito. Los rascacielos como ventanas a las ruinas griegas, pensé, al detectar esta nota de Koolhaas a casi un año de haber pisado cerca del Partenón. Atenas está en Nueva York, el tiempo se cuela de manera insospechada por el espacio.

³ Ver Rem Koolhaas, *Delirio de Nueva York*. Barcelona: Gustavo Gili, 2004.

⁴ Hugh Ferriss, citado en Rem Koolhaas, *Delirio de Nueva York*. Barcelona: Gustavo Gili, 2004, p.110.

⁵ *Idem.*

⁶ *Idem.*

Mientras observaba esas relaciones estando en Manhattan no pude frenar ya la necesidad de seguir produciendo otras tantas. Introducir Atenas era repensar Atenas y, también, repensar otros muchos viajes anteriores y, también, introducir a Puebla, Tlaxcala y Cholula en los recorridos por Manhattan. Pero introducir Atenas no era solamente insertar sus ruinas en medio de un viaje a Nueva York: era, sobre todo, introducir la experiencia que me había dejado ese viaje.

Y es que Atenas había sido, particularmente, una ciudad que no había caminado completamente solo aun cuando eso pareciera a los demás y no fue, solamente, la ciudad que compartía por correo. La llegada plena de la compañía en Atenas apareció, justamente, cuando decidí subir a las ruinas. El camino para subir es, hay que decirlo, reconfortante. Atenas es, me parece, fea, muy fea vista a ras del suelo. No sólo porque su planeación es bastante irregular o porque existen zonas sucias en donde el tono gris domina el caminar. No tiene la gracia que uno espera encontrar. Pero desde arriba todo cambia. Las edificaciones encuentran sitio en la mirada y los colores dan tonalidades casi armónicas, la posibilidad, quizá, de dominar de un solo golpe el todo urbano permite que la irregularidad se transforme en sentido. Algo pasa que la distancia permite recuperar una organización que no existe desde abajo. Por eso cuando uno llega arriba la sensación es otra. Más aún cuando uno no encuentra la red de turistas que imaginaba y puede moverse a su ritmo por las piedras.

Todo ello permitió, como he dicho, modificar mi imagen de las ruinas. Sin embargo, fue un movimiento particular el que me dejó grabada Atenas quizá para siempre: el aire. Arriba el aire se siente de otro modo y suena de forma especial. Quizá sea de esas experiencias que apenas un poco y que se dicen intransferibles, pero que uno siente de vez en cuando, muy de vez en cuando. Quizá sea la lógica de un espacio construido y en ruinas, combinado con la naturaleza que insiste a través del aire lo que permitió que sintiera que el tiempo tiene presencia, que el aire desgasta y permite, sostiene y diluye, refresca y moviliza.⁷ El aire permitió sentir que la mediación

⁷ En un texto muy sugerente, Andreas Huyssen intenta pensar si existe cupo en nuestros tiempos de pensar en la “ruina auténtica” como una figura que permita desestabilizar nuestra certidumbre de un presente con una dirección ascendente. Ahí menciona que lo propio del ima-

entre las ruinas y mi paso por ellas podía ser eliminada. Sin duda, el escepticismo inicial tenía que ver con esa desconfianza a la mediación que nos hace sentir que no hay experiencias auténticas. Sin embargo, siguiendo libremente un argumento benjaminiano tomado de Huyssen, es la mediación y la reproducción en serie lo que estimula, por no decir inventa, el deseo de lo auténtico: “El deseo de lo aurático y lo auténtico siempre reflejó el temor a la inautenticidad, la ausencia de sentido existencial y de originalidad. Cuanto más consideramos toda imagen, palabra y sonido como mediados, tanto más deseamos lo auténtico e inmediato. El modo de este deseo es la nostalgia”.⁸

Al bajar a la ciudad de nuevo algo cambió radicalmente. Las ruinas en sí mismas no me importaron demasiado, por eso no seguí pensando en qué eran para la ciudad, quién las visitaba, cómo se usaban para crear sentido de lugar y forma de atracción turística, asuntos todos que debía recuperar para escribir una ventana al mundo. Me quedé instalado en el aire y, con él, pensando en cómo el tiempo vivido tiene momentos-aire que permiten suspender el tiempo cotidiano para pensarse uno mismo de otro modo. Por ello, los días siguientes acudí a esa extraña obsesión que tiene la soledad de buscarse compañía: recuerdos de otros viajes, miradas que invitaba a que siguieran mis pasos, deseos de compañía, reflexiones de esas que a uno le ocurren cuando piensa en su vida, recapitulaciones que se pueden llamar relatos de sí mismo que evidentemente no son para un lector cualquiera. Nostalgias de vida instaladas por el aire ateniense, nostalgias que no se quedaban en lamento sino en deseo de seguir haciendo que el aire

ginario de ruinas es la mezcla de naturaleza y cultura, la imagen de la decadencia y del triunfo de la naturaleza sobre la cultura, imaginario que está en riesgo en tiempos de embellecimientos excesivos de las ruinas. “El rasgo de decadencia, erosión y vuelta a la naturaleza, central en las ruinas del siglo XVIII y en sus encantos románticos, se eliminan cuando las ruinas romanas son desinfectadas y empleadas como un escenario para una ópera al aire libre [...] cuando las ruinas de un castillo medieval o de mansiones decadentes de siglos posteriores son restauradas para convertirse en sedes de conferencias, hoteles o alquileres temporales (....) cuando las ruinas industriales se convierten en centros culturales, o cuando un museo como el Tate Modern se instala en unas zonas industriales del South Bank del Támesis. La autenticidad misma se ha convertido en parte de la preservación museificante, hecho que sólo logra incrementar la nostalgia”. Ver Andreas Huyssen, “La nostalgia de las ruinas” en *Modernismo después de la posmodernidad*. Buenos Aires: Gedisa, 2010, p. 50-51.

⁸ Andreas Huyssen, “La nostalgia de las ruinas”, p. 55.

sostenga y que el aire construya. Nostalgia que tenía como marca clara el deseo de futuro.

Lo importante, de todas formas, fue tener la sensación de que fue el aire ateniense, sólo ese aire, el que llamó la atención del tiempo de uno y el que permitió suspender esa reflexión escéptica con la que llegué y que no me dejaba soltarme por las calles haciendo del viaje algo sentido. Los siguientes días introduje en mis recuerdos metáforas de mitos griegos para encontrar sentido a algunos sucesos de mi vida: Hera, Urano, Zeus, Atenea, Ulises y Penélope, las sirenas, los laberintos, Ariadna, los teseos y los minotauros, Cadmo y Harmonía, en fin, mitos y relatos, imágenes otras, que me sirvieron por primera vez para encontrarle sentido a ciertas cosas. Regresar a México tenía ya otra posibilidad, algo había por contar, aunque no fuera para una ventana al mundo.

Por eso, cuando Ferris recuperó el Partenón se recuperó plenamente la experiencia ateniense y la experiencia del viaje con el grupo de mi hijo a la zona de Puebla, Tlaxcala y Cholula. Estoy seguro que sin el aire de Atenas mi participación en el viaje de estudios hubiera sido completamente otra. Y es que el aire de Atenas puso para mí en escena la necesidad de dejarse atrapar por aquellas cosas menos esperadas. El imaginario del viaje estaba activado y quería transmitirlo a los niños. No era importante, me parecía, que los niños aprendieran demasiados datos, que observaran de manera directa lo que habían investigado en los libros o que almacenaran en ellos información de edificios, batallas, sucesos de la historia local o nacional. Los niños salían de su mundo para entrar a otro mundo. Una oportunidad enorme para sentir lo que es viajar. El equipo de padres de familia, junto con la maestra que orientaba al equipo sin dejar de ser parte integral de éste, compartía la misma propuesta pero, además, añadió un elemento clave. El trabajo colectivo produce cosas particulares cuando se trata de dejarse tocar por la experiencia.

Las ruinas me habían dejado la sensación, antes no reconocida fácilmente por mí, de que el tiempo en las ciudades se puede sentir para activar una manera de circular por ellas de forma distinta. El olor de los edificios, su textura, las marcas inscritas en las formas espaciales, el clima, el aire. Pero este viaje fue todo lo contrario a viajar solo. La particularidad del mismo fue moverse en colectivo. Entre los sitios y la mirada estaba el grupo de

niños y el de papás, estábamos 38 personas que, de pronto, se hacían una unidad con forma y que daba forma a las cosas. Es evidente que el viaje tuvo anécdotas múltiples: llanto, celulares perdidos, risas y enfermos, niños aterrados ante imágenes religiosas nunca vistas por ellos, cansancio, mucha información, asuntos discretos en la generalidad pero que iban permitiendo producir una asimilación de datos que comenzaban a insertar en ellos una noción de historia que, me parece, ninguno de nosotros se proponía. No se trataba de conocimientos históricos, sino de comentarios a través de los cuales indicaban que percibían un mundo diferente, un mundo con tiempo contenido, un mundo que se había hecho de muchas historias singulares. Uno podía ver en sus ojos el intento de ver la cara de la gente tratando de interrogarlos, como si quisieran saber de dónde venían y qué se proponían, qué sentían al vivir en Puebla o en Cholula, por qué iban a misa y qué hacían en ella. Todos hablaron mucho del pasado presente en la ciudad y todos insistían en lo importante del mismo para entender a la gente.

Esta experiencia culminó en la realización de un mural en pleno Tlaxcala, junto a la Iglesia, en una explanada de piedras por la que caminaron lentamente sintiendo la textura del suelo. El ejercicio consistía en caminar por un papel con los pies descalzos y pintados de colores: rojos, azules, amarillos. Nada extraordinario tal vez, pero los niños lo hicieron sonrientes y, claro, nosotros sonreímos con ellos. Terminaron el dibujo y comentaron la experiencia. Una niña sintetizó lo ocurrido mencionando algo que podría parecer lugar común pero que sigue dando vueltas en mi cabeza aunque no lo recuerdo textualmente, pero que más o menos iba así: “La historia es como el mural que hicimos, llena de pasos de mucha gente, de pasos de colores, de caminos que no sabemos a dónde nos van a llevar”. En medio de Tlaxcala, casi al finalizar el viaje, Aloa abrió el camino al futuro incierto y lo decía sonriendo. Le veía la cara a pesar de no saber la meta. No compartía el temor al futuro propio de nuestra cultura. Después de terminar la actividad bajamos a la plaza, en donde un danzón nos permitió bailar a todos juntos. Niños y adultos, maestra y alumnos. De nuevo la risa permitió imaginar que había un grupo.

Por razones quizá inexplicables, en la noche de ese mismo día los fantasmas aparecieron en un hotel que había sido una fábrica. Los niños –e incluso un papá– percibieron sombras a las que llamaron fantasmas.

Creo, me parece que lo que nos pasó fue que en esa jornada todos tuvimos esa experiencia parecida a la del aire ateniense, esa experiencia que nos deja instalados en una nostalgia que no logramos acomodar, que no sabemos qué hacer con ella y que aparece como amenaza. Cuando el tiempo se percibe, se percibe de alguna forma la muerte, como lo dicen las ruinas; pero, también, se percibe el futuro.

Llegar a Nueva York y meter a Atenas a través de los teóricos de los rascacielos provocó, decía, que los viajes anteriores entraran a Nueva York para acompañar sus imágenes. Asunto terrible. Si Tlaxcala puede producir la sensación de un mundo amplio, enorme, de muchos mundos dentro del mundo, de miles de pasos interconectados produciendo sin saber lo que producen, Manhattan es, simple y sencillamente, abrumadora. Es fascinante pensar que una cuadrícula de manzanas limitada, un espacio cerrado, puede introducir en su interior el infinito. Eso dice la arquitectura y el trazo urbano de la ciudad, pero lo dicen también la gente y los lugares, las tiendas y los restaurantes. Nada que no sepa cualquiera que la ha mirado, directa o indirectamente, mediada por las imágenes que circulan dentro o las que circulan fuera. Aunque, desde luego, la entrada de muchos mundos en un mundo hace a un lado las formas clásicas de pensar el espacio y el tiempo. No hay límites de tiempo y espacio cuando adentro de Manhattan está Atenas o, cuando, en una tienda del Soho, llamada Orígenes, puede uno encontrar una rosa de los vientos del desierto mexicano o un fósil de África. Los orígenes del mundo se venden en Manhattan y uno siente, de pronto, que la mediación artificial comienza a operar. Sin embargo, Manhattan interroga pronto esas extrañas distinciones: el origen y el sentido, el adentro y el afuera, lo auténtico y lo inauténtico, la realidad y la ficción. Obviamente, el mundo del mercado no es un mundo noble, que produce ficciones inofensivas: el recuerdo de la ausencia de las torres ayuda a prevenirse. Pero es indudable también que no hay forma de trazar una diferencia entre engaño y realidad que permita realizar una crítica simple de los símbolos de nuestra cultura.

Manhattan, además, tiene una parte que ayuda mucho a terminar con los viajes, a repensar la experiencia viaje y quererse detener por completo. Manhattan tiene muchos parques, muchas plazas, numerosos espacios que invitan a ser habitados y que solicitan dejar de ver, suspender la mirada. Es

casi inverosímil pensar que en esa gran ciudad, monstruosa ciudad, uno quisiera detener el tiempo para sentarse cómoda y plácidamente en sus parques. No sólo para relajarse o descansar, sino para simplemente estar. Quizá tenía que ver con mi momento, con una especie de agotamiento que me invitaba a dejar de tener experiencias que modificaran esquemas para acomodarme cómodamente en un sitio y dejar que el mundo siga. Pero en Manhattan, a diferencia de los otros sitios, quería simplemente habitar, habitar cargado de ilusiones, quizá, pensando que no era necesario distinguir entre la ilusión y la realidad, las mediaciones y las autenticidades, los sueños y las posibilidades, los viajes y la vida.

IV

El futuro es una amenaza. Los viajes dislocan los esquemas. El tiempo y el espacio circulan por el mundo formando mundos adentro del mundo. Nada pasa pero todo está pasando. Viajar no te lleva siempre a otros sitios. Atenas me acompañó desde entonces casi todos los días de este año. Tlaxcala y el mural de los niños también. Las imágenes se imponen y engañan, sin duda. Las memorias pueden evitar pensar en el futuro si se vuelven plenas, es decir, consuelo para no moverse, si no permiten introducir la sensación del agotamiento de las cosas y de movimiento. Reconocer el futuro abierto produce temor e ilusión, como sucedió con Aloa (la niña) y con nosotros todos cuando el llanto trajo fantasmas. Andreas Huyssen, entre otros, sostiene de manera constante que no es posible realizar una crítica a la cultura de la memoria sin atender lo que sucede con los productos, sin pensar en los efectos que trastocan a sus receptores y en la manera en que los dejan. Recibimos imágenes gracias a las memorias colectivas que se han codificado. Atenas y Nueva York pudieron ser disfrutados mejor cuando decidí habitar sus imágenes sin temor a perderme en ellas. Aunque, hay que decirlo, el deseo de perderme en las imágenes sin perderme en ellas también fue producto de una experiencia de viaje. Esta fue en el viaje de estudios con los niños, en un observatorio del INAOE (Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica) que se encuentra en Tonanzintla.

En la noche, muy cansados, llegamos a observar la Luna por un telescopio. La noche estaba nublada y parecía que no tendríamos suerte. Yo,

mientras tanto, veía que la Luna se asomaba lentamente entre las nubes y no entendía bien a bien qué sentido tenía mirarla por un lente cuando ya la estábamos viendo. Pero negar la utilidad de un telescopio me parecía una necedad, una extravagancia incluso. Me quedé callado. Y hasta decidí mirar a través de la lente cuando la Luna se veía limpia, alejada de las nubes. No me gustó nada. Como Atenas al ras del suelo. Cuando pegué mi ojo al telescopio recordé, aún sin regresar a Nueva York, un texto de Michel de Certeau que dice lo siguiente:

Desde el piso 110 del World Trade Center, *ver* Manhattan. Bajo la bruma agitada por los vientos, la isla urbana, mar en medio del mar, levanta los rascacielos de Wall Street, se sumerge en Greenwich Village, eleva de nuevo sus crestas en el Midtown, se espesa en el Central Park y se aborrega finalmente más allá de Harlem. Marejada de verticales. La agitación está detenida, un instante, por la visión. La masa gigantesca se inmoviliza por la mirada. Se transforma en una variedad de texturas donde coinciden los extremos de la ambición y de la degradación, las oposiciones brutales de razas y estilos, los contrastes entre los edificios creados ayer, ya transformados en botes de basura, y las irrupciones urbanas del día que cortan el espacio [...] Subir a la cima del World Trade Center es separarse del dominio de la ciudad. El cuerpo ya no está atado por las calles que lo llevan de un lugar a otro según una ley anónima; ni poseído, jugador o pieza del juego, por el rumor de tantas diferencias y por la nerviosidad del tránsito neoyorquino [...] Al estar sobre estas aguas, Ícaro puede ignorar las astucias de Dédalo en móviles laberintos sin término. Su elevación lo transforma en mirón. Lo pone a distancia. Transforma en un texto que se tiene delante de sí, bajo los ojos, el mundo que hechizaba y del cual quedaba “poseído”. Permite leerlo, ser un Ojo solar, una mirada de dios. Exaltación de un impulso visual y gnóstico. Ser sólo ese punto vidente es la ficción del conocimiento.⁹

La Luna desde el telescopio es un objeto extraño. Extrañaba a la Luna mientras la veía por el lente. El World Trade Center no puede ser ya el lugar que permita captar la ciudad detenida un instante. No hay mirada absoluta en Nueva York porque desde cualquier otro punto estarán presentes

⁹ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. Tomo 1: Artes de hacer*. México: UIA, 2007, pp. 103-104.

unas torres que faltan y que dislocan la plenitud de la mirada por su simple ausencia. Ver la Luna desde la Tierra es aceptarse inscrito en un mundo que se mueve, que hace del cuerpo condición de movimiento y lugar en donde se da el movimiento. Sólo es posible ver el movimiento en Manhattan al andar por la ciudad, no al subirse a lo alto. En Atenas el movimiento estaba arriba. El aire y las ruinas, la naturaleza y la cultura, hacen del sitio un lugar que reconoce el movimiento. Por eso Atenas se ve mejor de arriba y por eso el aire ateniense confunde a los dioses. Sus mitos viajan en el tiempo y sirven para completar historias que están abiertas al futuro. Los niños sabían que un viaje a otro mundo es una forma de pensar en el tiempo y de saber que no hay ilusiones sin temor y sin llanto. Las imágenes nos pierden cuando uno las separa del movimiento. Viajar no puede ser ya una forma de salirse de un mundo para entrar a otro. Los mundos están mezclados porque cabe Atenas en Manhattan, porque es su modelo. Dédalo ya no tiene Torres Gemelas para ver desde un lugar central el resto del mundo. Tlaxcala inserta el tiempo futuro que Atenas inauguró y que sólo Manhattan pudo recuperar para asomarnos al mundo desde una ventana que ya no tiene sitio fijo, que ha dejado de tener lugar. Mirar la Luna desde la Tierra es igual que mirar Manhattan a ras del suelo, es como viajar, es saber que el movimiento urbano tiene gente que encierra en sus ojos otros mundos, mundos pasados y mundos posibles. ❧